

INTERSUBJETIVIDAD Y ESTRUCTURA NARRATIVA EN LA TERAPIA FAMILIAR

Bertha Mook

Universidad de Ottawa

Family therapist tend to accept the systemic model as a fundamental and unquestionable reality, forgetting that it is only a useful metaphor to adressing the family's interrelatedness. In the process, they lose sight of another reality, i.e., that family members are also separate individuals with their own center of initiative and responsibility. As a result, family therapists focus on reslationships but tend to disregard personal experience. The aim of this article is to make a further contribution to the theory of family therapy from a phenomenological and hermeneutic perspective, suggesting that the human family is co-constituted as an intersubjective community and that the family members' experiences and actions are inherently structured in a way analogous to narrative structures.

Inspirada por los nuevos descubrimientos de la Física, la terapia familiar en los años cincuenta aceptó la teoría sistémica como su paradigma básico. Esto provocó un cambio epistemológico del reduccionismo cartesiano/newtoniano, centrado en los objetos mensurables y la causalidad lineal, a un modelo sistémico que se centra en las pautas de interconexión y causalidad circular. El modelo sistémico aplicado a la teoría y praxis de la terapia familiar ha sido utilizado como una poderosa y fructífera metáfora que condujo a muchos desarrollos creativos en el campo de la terapia. Sin embargo, hoy sus limitaciones son cada vez más reconocidas y varios autores (Nichols, 1987; Goolishian & Anderson, 1987; Dell 1982b, 1986; Rayner 1986) sienten la necesidad de otras formas de pensar alternativas. Goolishian y Anderson (1987), por ejemplo, encuentran que las promesas germinales de la teoría sistémica no se han conseguido plenamente y que el modelo sistémico con su influencia liberadora inicial se ha convertido ahora en una camisa de fuerza intelectual. Actualmente existe una gran confusión epistemológica (Auerswald, 1987) y continúa el debate (Auerswald, 1986; Keeney & Sprenkle, 1982).

Una perspectiva crítica relevante ha sido recientemente desarrollada por Nichols (1987). Señala que los terapeutas familiares tienden a aceptar el modelo sistémico como una realidad fundamental e incuestionable, olvidando que es sólo

una metáfora útil para observar las interrelaciones familiares. Los terapeutas familiares pasan de largo otra realidad, a saber, que los miembros de la familia también son individuos separables con sus propios centros de iniciativa y responsabilidad. En consecuencia los terapeutas familiares se centran en las relaciones desatendiendo la experiencia personal. La solución es rescatar el "self" en el sistema familiar.

Pero ¿cómo puede ser reintroducido el sujeto en el sistema familiar con el modelo científico natural dominante en terapia familiar? A pesar del cambio epistemológico inicial, muchas teorías de terapia familiar están todavía fundadas en un punto de vista empírico objetivo de la realidad donde el investigador permanece como un observador pasivo de los acontecimientos externos. Desde este punto de vista de la realidad es comprensible que el investigador se centre sólo en los patrones observables de interacción e ignore las experiencias subjetivas y los significados.

Conscientes de esto, Goolishian y Anderson (1987) sugieren un acercamiento alternativo, basado en el presupuesto de que la realidad se construye socialmente a través del lenguaje. Desde este punto de vista, la esencia del lenguaje está en el significado que toma en la acción humana, y los sistemas humanos se reformulan como sistemas generadores de significado a través de las acciones comunicativas. Su acercamiento social constructivista es más respetuoso de la dimensión humana en la terapia familiar y será interesante ver su valor heurístico en su aplicación en la praxis.

En artículos anteriores sobre terapia familiar y fenomenología (Mook, 1985, 1987) yo ya había criticado el modelo sistémico. Subrayé que los miembros de la familia son sujetos experienciales, que relatan y se comunican intencionalmente entre ellos. Juntos, crean sus propias estructuras y sistemas de significado que son capaces de transformar y trascender. No debemos centrar la cuestión en la subjetividad de nuestros esfuerzos científicos sino en que la existencia de la subjetividad humana es innegable, tal como Merleau-Ponty (1968) señaló. Creo que la teoría de la terapia familiar puede ser reformulada como una ciencia humana con raíces en las estructuras temporales de la experiencia y en las acciones subjetivas e intersubjetivas, y especialmente en el acto fundamental humano del habla.

En este artículo, pretendo hacer una nueva contribución a la teoría de la terapia familiar desde la perspectiva epistemológica y hermenéutica. En particular, quiero sugerir dos proposiciones fundamentales: primero, que la familia humana es constituida como una comunidad intersubjetiva; y segundo, que las experiencias y acciones temporales de los miembros de la familia se estructuran intrínsecamente como formas análogas a las estructuras narrativas. Para el desarrollo de la primera proposición, me referiré de nuevo a la teoría fenomenológica de la intersubjetividad de Husserl y a algunas elaboraciones recientes hermenéuticas que extienden su dominio al lenguaje y a la narración. Para la segunda, haré referencia a la relación entre narrativa y vida cotidiana, y a la cuestión de la estructura narrativa, con

especial mención de las aportaciones filosóficas de Paul Ricoeur y David Carr.

TEORÍA FENOMENOLÓGICA DE LA INTERSUBJETIVIDAD DE HUSSERL

Mi idea de la familia como una comunidad intersubjetiva está basada primariamente en la teoría de la intersubjetividad de Husserl que fue el tema central de sus últimos trabajos. Empezó su investigación en este campo, planteando la cuestión fundamental de “cómo” el otro me es dado fenomenológicamente. Una vez resuelto el problema, se convirtió en el centro de su teoría intersubjetiva, relativa a la constitución de un grupo de sujetos y su mundo común. Husserl descubrió que el “alterego”, como reflejo de la propia conciencia, constituye una paradoja: no es sólo objeto intencional sino un sujeto intencional por derecho propio. Además, el mundo existe para los otros de la misma manera que existe para mí, y su significado y objetividad son constituidos por ellos igual como los construyo yo. Esto le permitió concluir que: “Yo experimento el mundo (incluidos los otros)... como un mundo *intersubjetivo*, accesible a todos los demás. Cada uno de nosotros tiene sus experiencias, sus apariencias, su mundo-fenoménico.

La fenomenología de cómo me es dado el alter ego sienta las bases para la teoría de Husserl de la intersubjetividad. En las experiencias intersubjetivas, mi propio mundo y el de los otros aparecen como el mismo mundo compartido por ambos a pesar de que las apariencias puedan diferir. Tal como un objeto aparece como una unidad en relación a una multiplicidad de actos, también el objeto intersubjetivo me es dado como una unidad en relación a una multiplicidad de mis actos y de los demás. Esta multiplicidad de mis actos y sus actos se fusiona funcionalmente en “una” percepción que es “nuestra” percepción del objeto. El objeto intersubjetivo que percibimos hace posible la existencia de un mundo-para-nosotros. Para Husserl, el establecimiento de un “nosotros” compartido es la forma más simple de intersubjetividad y de comunidad.

Está claro, tal como señala Carr (1974), que la teoría de Husserl de la constitución intersubjetiva de una comunidad y su mundo corre paralela a su teoría de la constitución del self y del mundo a nivel individual. A pesar de su similitud fundamental, hay algunas diferencias importantes. Una comunidad está compuesta de individuos que experimentan representaciones simultáneas pero desde diferentes perspectivas. A diferencia de los individuos, los grupos pueden incluir pequeños grupos, que son a su vez parte de otros más grandes. Además, los grupos pueden disolverse y reconstituirse de nuevo. Es importante darse cuenta que Husserl no siguió a Hegel quien vio el grupo o la comunidad como una macro-persona, dotada de vida propia donde el individuo se convertía en una abstracción. Para Husserl una colectividad puede ser tratada como un “sujeto” concreto en un análisis fenomenológico, pero permanece constituida por sus miembros individuales, que pueden ser vistos en su especificidad (Carr, 1974).

En los grupos, las otras personas se me ofrecen como sujetos compañeros y puedo aprender de ellos lo que falta en mi propia experiencia. A través de estos actos de “tomar prestado” o de apropiación, llega a existir para mí “el-mundo-para-nosotros”. En realidad la mayor parte de mi mundo, representado en creencias, actitudes, hábitos, etc... debe sus orígenes no a los actos de intuición sino a los actos de comunicación. Husserl veía la vida del individuo en la comunidad, desde la infancia a la madurez, como crecientemente dominada por significaciones sólo comprendidas y apropiadas pasivamente. Tales “significaciones sedimentadas” forman el trasfondo de la vida consciente de una persona.

La teoría de la intersubjetividad de Husserl es básicamente una teoría de la comunicación (Carr, 1974). Entrar en contacto con otra persona, es conseguir otra perspectiva del mundo a través de la comunicación. En la *Quinta Meditación Cartesiana*, Husserl ve la comunicación basada en la percepción mutua e intersubjetiva que precede al lenguaje. Sólo en el último manuscrito, Husserl se convence de la importancia del lenguaje y se da cuenta que en los encuentros interpersonales, una gran parte del proceso de apropiación se produce a través del lenguaje.

LA FAMILIA Y LA COMUNIDAD INTERSUBJETIVA

Basados en la teoría de la intersubjetividad de Husserl podemos ver la familia como una comunidad intersubjetiva co-constituida en la cual los miembros se ofrecen a cada uno como sujetos intencionales por sí mismos. Juntos participan en percepciones, experiencias y acciones comunes, pero siempre desde su propia perspectiva. A través de la comunicación, el mundo de cada uno de los miembros es en parte solicitado por los otros y apropiado por ellos. Esto es especialmente cierto en el crecimiento de los niños que inicialmente dependen más de los padres y sólo gradualmente van constituyendo su propia perspectiva del mundo. La familia, a su vez, forma parte de grupos más grandes en los que se comunica con sujetos-compañeros y se convierte en parte de un mundo más grande. Los miembros de la familia no son simples partes subordinadas de un sistema sino que permanecen como sujetos en su propio derecho que les relaciona intencionalmente con los otros miembros de la familia. Este planteamiento reintroduce al “self en el sistema”, no como una unidad intrapsíquica separada, sino como un sujeto que se interrelaciona y forma parte integral de una comunidad familiar. Esto nos recuerda las bien conocidas palabras de Merleau-Ponty “no hay hombre interior, el hombre está en el mundo y sólo en el mundo se conoce a sí mismo” (1962, p. xi). Y en otro texto: “El hombre no es sino una red de relaciones y sólo estas importan para él” (1962, p.456).

Basado en el enfoque husserliano de la intersubjetividad, el sociólogo A. Schutz (1967), trabajó sobre la naturaleza de las relaciones entre una persona y otra. Según él, el anonimato de los otros, al que se refiere como relaciones de “otredad”, sólo puede ser eliminado cuando una relación de otredad cambia a una relación de “nostreidad”. Una relación de nostreidad, a la vez, sólo puede ser establecida en un

encuentro cara a cara donde los participantes se hallan mutuamente presentes espacial y temporalmente y por eso son directamente conscientes de la existencia del otro. En el análisis fenomenológico de Schutz, sólo una relación de nosteridad abre la posibilidad de un genuino entendimiento del otro. Sienta así mismo las bases para interpretar los significados subjetivos de las experiencias de cada uno. Las relaciones de nosteridad se producen por el hecho de ser engendradas en un mundo familiar de una realidad social experimentada directamente. La hipótesis nos ofrece la posibilidad de entender los significados intencionales de nuestras experiencias vividas, tal como nos comunicamos con cada uno en los encuentros cara a cara a través de nuestras expresiones corporales y especialmente a través de nuestros actos de habla.

EL ROL DEL LENGUAJE Y LA NARRACIÓN

En la hermenéutica fenomenológica, la cuestión del sujeto y la de la intersubjetividad se enfocan primariamente a través del lenguaje. En términos más fuertes, Gadamer (1975) escribe: "El ser que puede ser entendido es el lenguaje" (p.432). Madison (1988) está de acuerdo y añade "el self requiere el lenguaje para contar qué es y no se puede decir qué es un self fuera de la narración" (p. 11). Sin embargo el yo o el self no es sólo un constructo lingüístico. Para el hermeneuta fenomenológico el lenguaje carece de experiencias si se le aparta de la experiencia. Nuestra experiencia vivida se expresa en el lenguaje y el lenguaje le confiere significado. La relación entre experiencia y lenguaje es por tanto íntima e intrincada. Madison (1988) escribe: "La experiencia no adquiere significado completo hasta que encuentra casa en el lenguaje, y sin la experiencia vivida para habitarla, el lenguaje es una concha vacía, sin vida" (p.17). El sujeto o el yo se constituye a sí mismo en y por el lenguaje. Esta tesis puede parecer contradictoria con el enfoque husserliano de la constitución fundamental del ego antes del lenguaje. Pero Madison nos recuerda la profunda y sorprendente afirmación de Husserl de que "el ego se constituye él mismo y para sí mismo en la unidad de una "Geschichte" (Husserl, 1960, p.75), donde la palabra alemana Geschichte significa narración e historia. Aquí Husserl es implícitamente consciente de la vital importancia del lenguaje, narración e historia en la constitución del ego. Mirando a la intersubjetividad desde una perspectiva hermenéutico- fenomenológica, podemos decir que nos co-constituimos a través de un diálogo vivo en un encuentro cara a cara. En la familia, así como en otras relaciones íntimas, es a través del diálogo vivo donde buscamos mutua aceptación, pertenencia y confirmación propia a través de contar y compartir nuestras experiencias. Aquí nuestras historias personales se entrelazan con las historias de los demás. En la perdurable comunidad intrasubjetiva de la familia, podemos afirmar que nos convertimos en co-autores de cada una de nuestras historias personales y familiares. En un contexto más amplio, la comunidad familiar puede verse como co-constituida a través de su mutua participación y apropiación

de la creencias, mitos, tradiciones y otros productos culturales familiares.

El enfoque hermenéutico fenomenológico de la intersubjetividad con su énfasis en el lenguaje y la narración nos lleva a desarrollar mi segunda proposición que sugiere que las experiencias vividas y las acciones de los miembros de la familia se hallan estructuradas temporalmente de forma que parecen estructuras narrativas. El desarrollo de esta proposición requiere una clarificación de la relación entre narrativa y vida cotidiana, así como del concepto de estructura narrativa.

NARRATIVA Y MUNDO REAL

En el activísimo campo de la narratología, la naturaleza de la relación entre la narrativa y las experiencias y acciones cotidianas es una cuestión controvertida. La mayoría de los principales estudiosos de diversas disciplinas sostienen que esta relación es discontinua mientras que una minoría importante defiende una relación de continuidad. La tesis de la discontinuidad es defendida firmemente por importantes autores, como Luis Mink y Hayden White. Mink (1987), por ejemplo, sostiene que la estructura narrativa con su distribución de los sucesos en un principio, medio y fin, es una forma artificiosa, derivada de la narración de una historia y no de los hechos que relata. Según sus palabras “Las historias no son vividas sino contadas. Las cualidades de la narrativa son transferidas del arte a la vida” (p.60). White (1981) es de una opinión similar. Cuestionando el valor de la narrativa en la representación de la realidad, concluye que no tiene ninguno. Para él el mundo real se presenta más en forma de anales o crónicas, esto es, como una mera secuencia sin un principio y un fin, o al menos como secuencias con principio pero sin conclusión. En general los teóricos de la discontinuidad consideran las acciones y experiencias humanas como informes, fragmentarias, dispersas y discordantes. La Narrativa, por otro lado, es considerada como una forma literaria impuesta sobre hechos reales o imaginarios a través de la cual se ordenan y armonizan los elementos dispersos de la vida humana.

La tesis de la continuidad, por otra parte, es defendida por autores como Carr (1986a, 1986b) y en parte por Ricoeur (1984). Demuestran un fuerte desacuerdo con el punto de vista que afirma que nuestra realidad experiencial es simplemente un conjunto fortuito de sucesos o como mucho una mera secuencia de hechos. Carr (1986a) funda su detallada teoría de la estructura narrativa en el análisis fenomenológico de Husserl de la experiencia temporal en el cual muestra que incluso nuestras más simples experiencias, como escuchar una melodía, no se limitan al aquí y ahora, sino que se prolongan hacia el pasado y el futuro a través de características especiales de retención y protensión. Carr (1986a), a su vez, aplica un análisis fenomenológico a las acciones simples y consigue poner de manifiesto una estructura secuencial de principio-fin, parecida a la narrativa. Argumenta que en las acciones complejas la estructura secuencial temporal es incluso más evidente cuando nos remitimos deliberadamente a la experiencia del pasado y miramos al

futuro, con el presente como un pasaje intermedio. Nuestras experiencias y acciones, en tanto que vividas, se organizan, de este modo, en conjuntos temporales. En este sentido, se ponen de manifiesto las características más básicas de la narrativa, esto es, la estructura principio-medio-fin que los teóricos de la discontinuidad dicen que se hallan ausentes de la vida real. Carr (1986b) concluye “Por eso los hechos de la vida no son sólo una mera secuencia, sino que constituyen más bien una compleja estructura de configuraciones temporales que se configuran y reciben su definición y significado del interior de la acción misma” (p. 122). El mismo autor (1986a) pone de relieve que otras características comunes aceptadas de la estructura narrativa, por ejemplo, suspensión, resolución, salida-llegada, medio-fin, etc..., pueden detectarse igualmente en nuestras experiencias y acciones cotidianas. Están presentes a un nivel individual, pero lo están mucho más a un nivel social cuando se hallan involucrados varios sujetos. Carr sostiene además que ocupamos la posición de narradores en nuestras propias vidas. Nos contamos historias a nosotros mismos y a los demás, hechos relatados secuencialmente en gestalts enteras y hechos con clausuras apropiadas. Esta actividad narrativa se considera como una parte constituyente de la experiencia y de la acción. Por eso Carr está en total desacuerdo con la opinión de Mink de que las historias no son vividas, sino contadas. En vez de esto él escribe: “Se cuentan al ser vividas y se viven al ser contadas. Las acciones y el sufrimiento de la vida pueden considerarse como un proceso de narración de nuestras propias historias, el acto de escucharlas, interpretarlas o de vivir a través de ellas” (p.126).

Si dirigimos nuestra atención a la original y extensa obra de Paul Ricoeur sobre el tiempo y la narración, descubrimos un enfoque diferente y más complejo en la relación entre la narrativa y la vida real. A pesar de que Carr critique a Ricoeur y le considere entre los teóricos partidarios de la discontinuidad, Ricoeur rechaza explícitamente la posición de que la estructura narrativa es únicamente literaria en su origen. Subraya simplemente que es incorrecto emplazar la concordancia en el lado de la literatura y la discordancia en el lado de la experiencia temporal, por eso ignora la relación dialéctica entre la narración y el tiempo. Pero tampoco apoya la posición de Carr de que la experiencia por sí misma se dé estructurada casi narrativamente. Sostiene, en cambio, que la experiencia tiene una estructura pre-narrativa, que requiere ser narrada. Oponiéndose al enfoque de Mink, White y otros, discute una serie de situaciones, concluyendo que: “para hacer compatible la experiencia con la narratividad no se debe empezar por proyectar, como se dice, la literatura en la vida, sino que ésta presenta por sí misma una exigencia de narratividad. Para caracterizar estas situaciones no vacilaré en hablar de una estructura pre-narrativa de la experiencia” (1983, p.74). En una excelente comparación entre los enfoques de Carr y Ricoeur, Rojcewicz (1988) señala que para ambos autores, la narrativa está arraigada y prefigurada en las experiencias y acciones de cada día. Ambos articulan las características estructurales de la acción como medio-

fin, resultados, hechos conflictivos, cambios de fortuna, etc. Sin embargo, difieren en que Ricoeur se refiere a estas características como pre-narrativas, mientras que Carr las llama directamente narrativas. Sugiere acertadamente que los dos autores comparten una perspectiva básica respecto a la relación entre narrativa y experiencias de la vida cotidiana, pero precisa que Carr subraya el arraigo de la narrativa en la vida, mientras que Ricoeur está más interesado en lo que la narrativa añade además a la vida. En síntesis: para Ricoeur, la forma narrativa se anticipa en la experiencia, pero la experiencia por sí misma “busca la narrativa”.

IMPLICACIONES PARA LA TERAPIA FAMILIAR

Permítaseme indicar, finalmente, algunas de las posibles implicaciones de mi segunda proposición para la teoría y práctica de la terapia familiar. La noción de estructura narrativa ofrece una nueva perspectiva en el importante concepto de estructura en la terapia familiar, en contraste con los enfoques actuales de la estructura formal y externa o determinada biológicamente. Se trata de un enfoque de la estructura, arraigado en las experiencias cotidianas y en las acciones de la vida familiar, que pre-figura los relatos que los miembros de la familia se cuentan unos a otros y son además moldeados y desarrollados por las actividades narrativas de la familia. Son los mismos miembros de la familia, quienes crean las estructuras narrativas, sirviéndose de la estructura pre-narrativa presente en su mundo familiar. Estos relatos son, a su vez, transformados por la familia a través de nuevas experiencias y narraciones, las cuales redundan en su propia transformación. Esta naturaleza evolutiva de las estructuras narrativas tiene importantes implicaciones para el proceso de cambio y transformación en la praxis de la terapia familiar.

Una familia normalmente busca ayuda profesional porque sus conversaciones se hallan bloqueadas o desvirtuadas o incluso son destructivas, impidiéndole llegar a ser la familia que desearía ser. Sus miembros pueden llegar a liarse en experiencias y acciones que exigen ser contadas de tal manera que del caos y la confusión emerjan el orden y el significado. En pocas palabras, la familia necesita y busca comprensión y cambio, esto es, inteligibilidad y transformación.

Cuando el terapeuta se acerca a la familia en un encuentro cara a cara, crea una comunidad terapéutica intersubjetiva. Desde dentro dirige el establecimiento de una relación de nosteridad con la familia y sus miembros a través de escuchar y facilitar el diálogo intersubjetivo y la conversación. Al invitar a los diferentes miembros de la familia a hablar de sus problemas familiares, desde su propia perspectiva, encuentra que sus cargadas historias emocionales son más o menos fragmentarias, conflictivas y contradictorias. Pronto descubre que sus historias son incompletas y que los comportamientos sintomáticos permanecen incomprensibles. Algunas historias se ocultan con el propósito, como diría Kermode (1981), no de iluminar sino de oscurecer y disimular; o bien insinúan otras historias potenciales que no se cuentan sino por solicitud expresa. Estas historias potenciales forman la pre-

historia, el *trasfondo* del diálogo terapéutico. En relación a este contexto, Ricoeur (1984) escribe en términos dramáticos: “Contamos historias porque en definitiva las vidas humanas necesitan y merecen ser narradas. Esta observación toma toda su fuerza cuando nos referimos a la necesidad de salvar a la historia de la derrota y fracaso. La historia entera de sufrimiento grita venganza y pide ser contada”. (p. 75). En terapia familiar, a menudo nos encontramos con el sufrimiento de las familias que se sienten derrotadas y que necesitan ser escuchadas, entendidas y ayudadas a crear una historia con pleno significado.

La actividad terapéutica por sí sola puede verse como un trabajo de narración y re-narración de las historias por los miembros de la familia y por el terapeuta. Puede considerarse semejante al acto configuracional a través del cual las diferentes perspectivas e historias incompletas son gradualmente configuradas en otras más completas, coherentes e inteligibles. Tal creación de nuevas estructuras narrativas implica una transformación de las experiencias de los miembros de la familia. En un enfoque similar, el psicoanalista Schafer (1978) escribe concisamente: “El incremento de inteligibilidad de las personas y situaciones implica la transformación de los agentes y sus situaciones” (p.26). Por esta razón, el terapeuta promueve la comprensión en el sentido productivo que, de acuerdo con Gadamer (1975), no representa, sino que transforma la experiencia. En resumen: la familia y el terapeuta trabajan juntos en la creación de nuevas estructuras narrativas que emergen de un entendimiento más profundo y completo de sus propias experiencias y acciones vividas -una narración que es más coherente, más consistente, más inteligible y más convincente que antes, que alcanza a abrazar y entretejer el pasado relevante de la familia, su presente vivencial y su futuro potencial.

Los terapeutas familiares tienden a aceptar el modelo sistémico como una realidad fundamental y incuestionable, olvidando que es sólo una metáfora útil para observar la interrelación de la familia. En el proceso, pasan de largo otra realidad, a saber, que los miembros de la familia también son individuos separables con sus propios centros de iniciativa y responsabilidad. Como resultado, los terapeutas familiares se centran en las relaciones pero tienden a desatender la experiencia personal. En este artículo, se intenta aportar una nueva contribución a la teoría de la terapia familiar, desde la perspectiva epistemológica y hermenéutica, sugiriendo dos proposiciones fundamentales: primero, que la familia humana es co-constituida como una comunidad intersubjetiva; y segundo, que las experiencias y acciones de los miembros de la familia son intrínsecamente estructuradas de una forma análoga a las estructuras narrativas.

Traducción: Ariadna V. Torras

Nota Editorial: Este artículo apareció en *The Humanistic Psychologist*, 17, 3, pp.251-264 (1989) y constituye, por razones de espacio y adecuación, una versión algo reducida del mismo. Agradecemos el permiso para su publicación.

Referencias bibliográficas

- AUERSWALD, E.H. (1987). Epistemological confusion in family therapy and research. *Family Process*, 26, 317-330.
- AUERSWALD, E.H. (1986). Family therapy as a movement: Epistemological barriers to ontological freedom. *Journal of Strategic and Systemic Therapies*, 5(4), 14-19.
- BEDNARZ, J. (1984). Complexity and intersubjectivity: Towards the theory of Niklas Luhman. *Human Studies*, 7, 55-69.
- CARR, D. (1986a). *Time, Narrative and History*. Bloomington: Indiana Press.
- CARR, D. (1986b). Narrative and the real world: An argument for continuity. *History and Theory*, 25(2), 117-131.
- CARR, D. (1974). Intersubjectivity. In D. Carr, *Phenomenology and the problem of History*. Evanston: Northwestern University Press.
- DELL, P. (1986). On the need for conversation in the family therapy field. *Journal of Marital and Family Therapy*, 12, 25-29.
- DELL, P. (1982b). In search of truth: On the way to a clinical epistemology. *Family Process*, 21, 407-414.
- GADAMER, H.G. (1975). *Truth and Method*. New York: Seabury Press.
- GOOLISHIAN, H. & ANDERSON, H. (1987). Language systems and therapy: An evolving idea. *Journal of Psychotherapy*, 24, 529-538.
- HUSSERL, E. (1960). *Cartesian meditations*. The Hague: Nijhoff.
- KEENEY, B.P. & SPRENKLE, D.H. (1982). Ecosystemic epistemology: critical implications for the aesthetics and pragmatics of family therapy. *Family Process*, 21(1), 1-19.
- KERMODE, F. (1981). Secrets and narrative sequence. In W.J.T. Mitchell (Ed.), *On Narrative*. Chicago: University of Chicago Press.
- MADISON, G.B. (1988). The hermeneutics of (inter)-subjectivity, or: The mind/body problem deconstructed. *Man and World*, 21, 3-33.
- MERLEAU-PONTY, M. (1962). *Phenomenology of perception*. London: Routledge & Kegan Paul.
- MINK, L.O. (1987). *Historical understanding*. Ithaca: Cornell University Press.
- MOOK, B. (1987). Phenomenology and family therapy. In F.J. van Zuuren, F.J. Wertz & B. Mook (Eds.), *Advances in qualitative psychology*. Lisse: Swets & Zeitlinger.
- MOOK, B. (1985). Phenomenology, system theory and family therapy. *Journal of Phenomenological Psychology*, 16, 1-12.
- NICHOLS, M.P. (1987). *The self in the system*. New York: Brunner/Mazel.
- RAYNER, P. (1986). On asking the right question. *Family Process*(1), 123-132.
- RICOEUR, P. (1984). *Time and narrative*. Chicago: University of Chicago Press.
- ROJCEWICZ, R. (1988). Art does imitate nature: A book review. *Research in Phenomenology*, 28, 300-307.
- SCHAFFER, R. (1978). *Language and insight*. New Heaven: Yale University Press.
- SCHUTZ, A. (1967). *The phenomenology of the social world*. New York: Northwestern University Press.
- WHITE, H. (1981). The value of narrativity in the representation of reality. In W.J.T. Mitchell (Ed.), *On Narrative*. Chicago: University of Chicago Press.

